

consonni

# Edwidge Danticat

---

## Aliento, ojos, memoria

TRADUCCIÓN  
Damià Alou



**Aliento, ojos, memoria**

A las valientes mujeres de Haití,  
a las abuelas, madres, tías,  
hermanas, primas, hijas y amigas  
de esta y otras orillas.  
Hemos tenido algún tropezón,  
pero no caeremos.

**UNO**

## Capítulo 1

Un narciso seco y aplastado sobresalía de la pequeña tarjeta de felicitación que había hecho para mi tía Atie en el Día de la Madre. Apreté la palma de la mano sobre la flor y la aplané contra la cartulina marrón. Cuando doblé la esquina, cerca de la casa, la vi sentada en una vieja mecedora, en el patio, mirando a un grupo de niños que machacaban unas hojas secas y amarillas que previamente habían dejado al sol para que se secaran. Por la noche las quemarían en la improvisada cena *konbit*.

Antes de llegar al patio me metí la tarjeta en el bolsillo. Al verme, Tante Atie levantó el trozo de tela blanca que estaba bordando y la agitó a modo de saludo. Cuando quedé frente a ella, abrió los brazos lo suficiente como para que yo acupiera entre ellos.

—¿Cómo ha ido la escuela? —me preguntó con una amplia sonrisa.

Se inclinó, me besó la frente y, a continuación, me sentó en su regazo.

—Muy bien, tía —dije—. Lo único que no me gusta son esas clases de lectura de por la tarde, en las que dejan venir a los padres. Vienen los padres de todos los niños, todos menos tú. Nunca tengo a nadie con quien leer, y monsieur Augustin siempre me coloca con una señora que quiere aprender a leer, pero que no tiene ningún hijo que vaya a la escuela.

—No quiero que un puñado de niños me enseñe a leer —dijo Tante Atie—. Son los jóvenes los que deben aprender de los viejos. No al revés. Además, tengo mucho trabajo, y cuando estás en clase aprovecho para descansar la espalda.

Un rubor se extendió por sus mejillas pardas.

—Hubo un tiempo en que habría dado lo que fuera por ir a la escuela. Pero no a mi edad. Ya se me ha pasado la hora. Cocinar y limpiar, cuidar de los demás, esa es ahora mi escuela. La que enseña a leer es tu escuela. Cuando yo tenía tu edad la única opción que tenías era cortar caña. Por eso no te quiero oír ninguna queja de la escuela. —Se arregló el trapo color rosa que, prieto, le protegía la cabeza, y me lanzó una sonrisa que reveló la ausencia de dos dientes laterales—. Mientras tú no tengas que trabajar en los campos, poco importa que yo jamás aprenda a leer esa vieja Biblia que tengo bajo la almohada.

Siempre que estaba triste, Tante Atie hablaba de los campos de caña de azúcar, donde ella y mi madre prácticamente vivían de niñas. Allí veían cómo cada día moría gente de insolación. Tante Atie contaba que un día, mientras trabajaba con su padre —mi abuelo—, este hizo una pausa para secarse la frente, dobló el tronco y murió. Mi abuela tomó el cuerpo en brazos y a gritos conminó a la vida para que volviera a aquel cuerpo. Todos siguieron gritando y chillando, al tiempo que las lágrimas de mi abuela inundaban la cara de aquel cadáver. Pero la vida no le regresó.

El vendedor de *bòlèt* avanzaba por la carretera. Era alto y amarillo como una cucaracha ámbar. Los niños que había al otro lado de la

calle se acodaban en la verja para verle pasar, tironeándose mientras el tipo pasaba silbando junto a ellos.

Este albino, de nombre Chabin, era el principal lotero ambulante de la aldea. Se creía que poseía algunas aptitudes que nada tenían que ver con la lotería, pero que, en opinión de Tante Atie, hacían que los espíritus estuvieran de su parte. Si alguien le perseguía, por ejemplo, podía convertirse en serpiente con un simple chasquido de la lengua. En ocasiones podía ver el futuro con solo mirarte a los ojos, y la única manera de evitarlo era cerrando el alma, lo que se conseguía pensando en oraciones y cánticos religiosos mientras estabas en su presencia.

Adiviné que Tante Atie estaba pensando en uno de sus versos favoritos mientras el hombre se acercaba. «La muerte es el pastor del hombre, y en el alba final el bien derrotará al mal».

—*Onè, mes belles, Atie, Sophie.*

Chabin nos guiñó el ojo desde la verja. No tenía pestañas... o eso parecía. Tenía las cejas rojizas y finas como el estigma del maíz, pero en la cabeza lucía una tupida mata de pelo sucio y rojo.

—¿Cómo estáis hoy? —preguntó.

—Hoy, muy bien —dijo Tante Atie—. Mañana, quién sabe.

—¿*Ki nimewo* queréis hoy? —preguntó—. ¿Qué número os gustaría?

—Hoy jugaremos el de la edad de mi hermana Martine —dijo Tante Atie—. La edad de la madre de Sophie. Treinta y uno. A lo mejor me trae suerte.

—El treinta y uno te costará cincuenta centavos —dijo el lotero.

Tante Atie introdujo la mano en su sujetador y sacó una *gourde*.

—Pues jugaremos a ese número dos veces —dijo.

Aunque Tante Atie jugaba con mucha fe, jamás había ganado. Ni un chavo, ni una sola vez.

Decía que la lotería era como el amor. La providencia no estaba con ella, pero no desesperaba.

El albino nos hizo un recibo con los números y la cantidad que Tante Atie le había dado.

Los chavales se encogieron tras la verja mientras él proseguía su camino. Tante Atie alzó su recibo hacia el sol para verlo mejor.

—Aquí ha escrito tu nombre —dije señalando las letras—, y aquí ha escrito el número treinta y uno.

Pasó los dedos sobre los números, como si estuvieran bordados sobre el papel.

—¿No sería estupendo que pudieras leer? —dije, probablemente por centésima vez.

—Ya te he dicho que mi momento pasó. La escuela no es para gente de mi edad.

Los niños que había al otro de la calle amontonaban hojas en el jardín de madame Augustin. Los mayores aguardaban en fila mientras los más pequeños se dejaban caer sobre el montón, rebotando y levantándose, chillando y riendo. Se llamaban uno al otro por su nombre: Foi, Esperanza, Fe, Espérance, Querido, Don—de—Dios, Mi Alegría, Primogénito, Benjamín, Aséfi, Basta—de—Chicas, Basta—de—Chicos, Parto, Pequeña Miseria, Gran Miseria, Basta de Miseria. Nombres tan llamativos y pintorescos como las poincianas gigantes del jardín de madame Augustin.

Los niños se agarraban entre sí y caían al suelo; disfrutaban como si acabaran de caer de los altos árboles de fuego que resguardaban el jardín del tórrido sol haitiano.

—Estos niños deberían ayudar a sus madres y quitar todas esas hojas —dijo Tante Atie—. En lugar de eso están haciendo un desastre.

—Como si no lo supieran —dije, con el secreto deseo de poder sumergirme también en aquel mar de hojas secas.

Tante Atie me rodeó con los brazos y me apretó tan fuerte que el perfume a limón que cada mañana se aplicaba en el pecho comenzó a cosquillearme la nariz.



—El domingo es el Día de la Madre, ¿*non*? —dijo Tante Atie, pasándose sonoramente la lengua por los dientes—. Los jóvenes deben demostrar a sus madres que quieren ayudarlas. Lo que ves en tus hijos cuando son pequeños dice mucho de cómo se portarán contigo cuando tengas un pie en la tumba.

Yo apreciaba a Tante Atie, aunque quizá no lo demostraba lo suficiente. Quizá ella quería ser una madre de verdad, tener a una hija de verdad con la que llevar ropa a juego, aprender a leer y a la que darle la mano.

—El Día de la Madre te pone triste, ¿verdad, Tante Atie?

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—Tienes aspecto de estar triste.

—Siempre has sido muy lista para tu edad, igual que tu madre.

Me sujetó suavemente por la cintura mientras me bajaba de su regazo. Entonces apoyó la cara en las palmas de las manos y hundió los codos en los pliegues de su falda color rosa.

Mi intención era deslizar la tarjeta de felicitación bajo su almohada el sábado por la noche, a fin de que la encontrara cuando hiciera la cama el domingo por la mañana. Pero por la manera en que aplastó la cara entre las palmas de las manos pensé que lo mejor sería dársela enseguida.

Metí la mano en el bolsillo y se la entregué. En la tarjeta había un poema que yo había escrito para ella.

Tante Atie cogió la tarjeta. La flor casi se cayó. Apretó la cinta contra el tallo, poniendo el pequeño narciso de nuevo en su sitio, y me devolvió la tarjeta. Ni siquiera miró el interior.

—Este año no —dijo.

—¿Por qué no?

—Sophie, este regalo no es para mí. Es de tu madre. Debemos enviárselo a tu madre.

Sólo conocía a mi madre por la foto que había en la mesilla de noche junto al almohadón de Tante Atie. Mamá saludaba con la

mano desde el interior del marco, con una amplia sonrisa en la cara y una enorme flor en el pelo. Presenciaba todo lo que ocurría en la casa, cada paso, cada tropezón, cada abrazo, cada beso. Nos veía al levantarnos, al acostarnos, cuando reíamos, cuando reñíamos. Pero su expresión jamás cambiaba. Nunca se le borraba la sonrisa.

A veces veía a mi madre en sueños. Me perseguía a través de un campo de flores silvestres tan altas como el cielo. Cuando me atrapaba, intentaba comprimirme para que cupiera en el pequeño marco y estuviera en la foto con ella. Yo chillaba y chillaba hasta que me quedaba sin voz, y a continuación Tante Atie venía y me salvaba de su abrazo.

Volví a poner la tarjeta en el bolsillo y me levanté para entrar en casa. Tante Atie bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. Los dedos le amortiguaron la voz al hablar.

—Cuando me encuentre mejor, entraré y buscaremos un bonito sobre para tu tarjeta. Seguramente le llegará después del Día de la Madre, pero le encantará igual recibirla, pues se la envías tú directamente.

—Es una felicitación para ti —insistí.

—Es para una madre, tu madre. —Me hizo seña de que me alejara—. Cuando sea el Día de la Tía, puedes hacerme una.

—¿Me dejas que te la lea?

—No soy yo quien la tiene que oír, ángel mío, sino tu madre.

Volví a meterme la tarjeta en el bolsillo, saqué la flor y la dejé caer bajo mis zapatos.

Al otro lado de la calle, los niños seguían llamándose a gritos, invitando a los amigos que pasaban a unirse a la algarabía. Se sentaron en círculo y lanzaron las hojas secas por encima de sus cabezas. Las hojas aterrizaban en sus caras y se les prendían en el pelo. Era casi como si estuvieran atrapados en una lluvia de narcisos.

Seguí observando a los niños mientras Tante Atie preparaba lo que iba a llevar a la cena comunal. Dio los últimos toques a una gran bandeja de pudín de boniato que llenaba toda la casa de su olor a melaza.

En cuanto se puso el sol, se fueron encendiendo lámparas por todo el barrio. Los niños más pequeños jugaban a las canicas cerca de cualquier luz que pudieran encontrar. Los mayores se apiñaban para charlar en pequeños grupos cerca del patio de la escuela. Las chicas formaban círculos a los pies de sus abuelas para aprender a coser.

Tante Atie me había prometido que en el plazo de un año me enseñaría a coser.

—No debes mirar —decía mientras pasábamos junto a una anciana corta de vista que le susurraba a una niña los secretos místicos de la aguja y el hilo. La niña entrecerraba los ojos mientras seguía con la mirada los vaivenes de los dedos envejecidos de su abuela.

—¿Podré empezar a coser pronto? —le pregunté a Tante Atie.

—En cuanto tenga un poco de tiempo.

Me puso una mano en el hombro y se inclinó para besarme la mejilla.

—¿Algo te preocupa? —le pregunté.

—No dejes que mis preocupaciones te afecten —dijo.

—Cuando hice la tarjeta, pensé que eso te alegraría. No quería ponerte triste.

—Nunca has hecho nada para ponerme triste —dijo—. Por eso todo esto va a ser tan duro.

Una fría brisa nocturna arremolinó la tierra alrededor de nuestros pies.

—Deberías ponerte la blusa de manga larga —dijo—. Así no te enfriarás.

Quise preguntarle qué era eso que iba a ser tan duro, pero me puso el dedo en los labios y señaló en dirección a la casa.

Dijo «Vamos» y yo fui.

Uno por uno, los hombres comenzaron a salir de sus casas. Unos llevaban plátanos, otros grandes ñames (si tocabas un ñame crudo, acababa picándote todo el cuerpo). No había ningún hombre en

nuestra casa, de modo que nosotras mismas llevábamos la comida hasta el jardín donde los niños habían estado jugando.

Las mujeres llegaban al jardín con botes de humeante té de jengibre y cestos de pan de mandioca. Tante Atie y yo nos sentamos cerca de la puerta, ella detrás de las mujeres y yo detrás de las niñas.

Monsieur Augustin apiló algunas ramillas con una horca oxidada y dejó caer sus plátanos maduros y su maíz pelado sobre la pila. Encendió una larga cerilla y la arrojó en lo alto del montón. La llama se extendió de ramilla en ramilla, hasta que todas se fundieron en un gran fuego humeante.

La esposa de monsieur Augustin comenzó a hacer circular grandes tazas de té de jengibre. Los hombres formaron pequeños grupos y bajaron por el caminillo del jardín, fumando en pipa. Viejas *tantes*—tías— y madres ancianas acunaban y arrullaban a los más pequeños. Los ya adolescentes se retiraban a rincones oscuros, ocultos por las sombras de las susurrantes hojas de plátano.

Tante Atie dijo que el origen de estas cenas comunales se remontaba a mucho tiempo atrás, en las colinas. En aquel tiempo, toda la aldea se reunía para desbrozar una parcela que posteriormente sería plantada. El grupo se turnaba para desbrozar todas las parcelas, hasta que todas estaban sembradas. Las mujeres cocinaban en grandes cantidades mientras los hombres trabajaban. Al ocaso, al acabar el trabajo, todos se reunían y disfrutaban de la comilona, bailando y riendo.

Aquí, en Croix-des-Rosets, casi todos eran obreros urbanos que trabajaban como Tante Atie en fábricas textiles o de pelotas de béisbol, y vivían hacinados en pequeñas casas para poder mantener a sus familias de las provincias. Tante Atie decía que teníamos suerte de vivir en una casa tan grande como la nuestra, con un salón en el que recibir a nuestros invitados, *plus* una habitación en la que dormir las dos. Tante Atie decía que sólo la gente a la que le mandaban dinero de Nueva York, o aquellos que tenían una profesión, como

monsieur Augustin, podían permitirse habitar una casa sin verse obligados a compartir el patio con otras personas. Los demás vivían en chozas, chamizos o casas de una habitación que, a veces, tenían que construir ellos mismos.

A esta cena comunal podía asistir todo el mundo, sin importar dónde viviera. No había ningún campo que plantar, pero los trabajadores se reunían con sus amigos de las fábricas o con las familias con que compartían patio, y con esa excusa comían y celebraban la vida.

Tante Atie no dejaba de mirar a madame Augustin mientras esta iba repartiendo té a todas las personas del círculo de mujeres que nos rodeaba.

—¿Cómo está Martine? —Madame Augustine le entregó a Tante Atie una taza de té humeante. La mano de Tante Atie sufrió una sacudida y el té salpicó el dorso de la mano de madame Augustin.

—Ayer vi que el *facteur* te traía un paquete bastante grande. —Madame Augustin sopló su té mientras hablaba—. ¿Es que tu hermana te ha enviado un regalo?

Tante Atie procuró hacer caso omiso de la pregunta.

—¿Era un regalo? —insistió madame Augustine—. No me digas que vuelve a ser el cumpleaños de la niña. No hace ni dos meses que cumplió los doce.

Me pregunté por qué Tante Atie no me había enseñado aquel paquete. Generalmente, mi madre nos enviaba dos casetes junto con nuestra asignación regular de dinero. Uno era para mí y para Tante Atie, el otro para mi abuela. Tante Atie y yo solíamos escuchar juntas nuestro casete. Quizá lo guardaba para más adelante.

Intenté escuchar sin mirar directamente a la cara a las mujeres. Eso habría sido irrespetuoso, tan incorrecto como hablar sin que te preguntaran.

—¿Cómo le va a Martine? —preguntó Stéphane, la mujer del albino. Trabajaba en una fábrica de lentejuelas, y se hacía sombreros

con las sobras de la fábrica. Aquella noche llevaba un gorro dorado, y parecía que una estrella acabara de aterrizar sobre su cabeza.

–Mi hermana está bien, gracias –respondió por fin Tante Atie.

Madame Augustine dio un sorbito a su té y me miró. Me lanzó una mirada censoria que traduje como: ¿por qué no estás jugando con los otros niños? Enseguida bajé la mirada, fingiendo estudiar algún guijarro del suelo.

–Apuesto a que Nueva York es precioso –dijo madame Augustin.

–Supongo –dijo Tante Atie.

–¿Cómo es que tú nunca has ido? –preguntó madame Augustin.

–Puede que aún no sea el momento –dijo Tante Atie.

–O puede que sí –la corrigió madame Augustin.

Se inclinó sobre el hombro de Tante Atie y le susurró en voz no muy baja:

–¿Cuándo nos lo vas a decir, Atie, cuando venga a buscarte el coche para llevarte al aeropuerto?

–¿Martine ha enviado a buscarte? –preguntó la mujer del albino.

De pronto, el grupo de mujeres se convirtió en un murmullo de preguntas.

–¿Cuándo te vas?

–¿De verdad que te vas tan pronto?

–¿Crees que allí encontrarás marido?

–¿Te acordarás de nosotras?

–No voy a ninguna parte –las interrumpió Tante Atie.

–Una fuente muy de fiar me ha dicho que lo que recibiste el otro día era un billete de avión –dijo madame Augustin–. Si no vas tú, ¿para quién era el billete?

Al instante, todas las miradas cayeron sobre mí.

–¿La madre envía a buscar a la niña? –preguntó la mujer del albino.

–Yo vi cómo entregaban el paquete –dijo madame Augustin.

–Entonces envía a buscar a la niña –concluyeron todas.

De pronto, una mano grande me daba unos golpecitos en la espalda.

—Eso sí que son buenas noticias —dijo la voz que correspondía a esa mano—. Es lo mejor que podía ocurrirte.

Fui incapaz de probar el bol de comida que Tante Atie me puso delante. Lo único que deseaba era que todo el mundo desapareciera y poder irme a casa.

Todos comenzaron a volver a sus casas. Los sábados había que limpiar la casa e ir a buscar agua a gran distancia, y había que lavar y planchar la ropa para la misa del Día de la Madre.

En cuanto se hubo marchado todo el mundo, monsieur Augustin nos acompañó a Tante Atie y a mí a casa. Cuando llegamos a la puerta se acercó a Tante Atie, como si quisiera susurrarle algo al oído. Ella le miró y sonrió, entonces, rápidamente, se cubrió los labios con los dedos, como si de pronto recordara los dientes que le faltaban y no quisiera que él se diera cuenta.

Monsieur Augustin miró a derecha e izquierda de la calle. Su mujer estaba entrando algunos cacharros en la casa. Monsieur Augustin apretó la mano de Tante Atie y acercó su mejilla a la de ella.

—Son buenas noticias, Atie —dijo—. Ni tú ni Sophie debéis estar tristes. Una niña debe estar con su madre, y una madre con su hija.

Ahora su mujer estaba sentada en las escaleras del porche, delante de la buganvilla, esperándole.

—No imaginaba que se lo dirías a tu mujer antes de que yo tuviera oportunidad de decírselo a la niña —le dijo Tante Atie a monsieur Augustin.

—Debes ser valiente —dijo él—. Para la niña es una noticia maravillosa.

La noche comenzaba a ser un poco fría, pero las dos nos quedamos allí quietas, viendo cómo monsieur Augustin cruzaba la calle, cogía los cubos que llevaba su mujer y se inclinaba para besarle la

frente. Después la rodeó con los brazos y cerró la puerta detrás de ellos.

—Cuando le cuentas algo a alguien y le dices que es un secreto, no debería decírselo a nadie —murmuró Tante Atie para sí misma.

Se quedó mirando la casa de los Augustin. Tenían electricidad. La luz de su dormitorio estaba encendida. Sus siluetas se recortaban tras las ondulaciones de las cortinas, que oscilaban con la brisa nocturna. Monsieur Augustin se sentó en una mecedora, junto a la ventana. Su mujer se sentó en su regazo mientras se deshacía la larga trenza de pelo negro. Monsieur Augustin le cepilló el pelo, extendido como una manta de seda sobre la espalda de madame Augustine. Cuando hubo acabado, monsieur Augustine se levantó para desvestirse. Entonces, lentamente, madame Augustine se quitó la ropa y se puso su camisón de manga larga. Sus risas llenaron la noche mientras comenzaban a hacerse cosquillas. La luz se apagó y cayeron en la cama.

Tante Atie siguió mirando la ventana incluso después de que los Augustine se hubieran desvanecido en la noche.

Una lágrima le cayó por las mejillas mientras abría la puerta de nuestra casa. De inmediato me encaminé al dormitorio. Ella vino corriendo detrás de mí. Cuando me alcanzó apretó su mano en mi hombro e intentó hacerme dar media vuelta, para mirarme a la cara.

—¿Sabes por qué siempre quise saber leer?

Me clavó sus ojos llorosos.

—No lo sé. —Intenté responder lo más educadamente que pude.

—Siempre soñé con saber leer —dijo—, para poder leer la vieja Biblia que hay bajo mi almohadón y encontrar en sus páginas las respuestas a todo. ¿Qué crees que esa vieja Biblia nos aconsejaría hacer en este momento, en esta situación?

—No lo sé —dije.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó—. Me dices que leyendo se aprende todo, pero en este momento me decepcionas.

—¡Me has mentido! —grité.



Me agarró las dos orejas y me las retorció hasta que me ardieron.

Di una patada en el suelo y me alejé. Antes de llegar a la cama comencé a quitarme la ropa tan deprisa que casi la rompí.

Al taparme la cabeza con la sábana me llegó un aroma a perfume de limón.

—No te he mentado —dijo—. Guardé el secreto, que es muy distinto. Yo quería decírtelo. Necesitaba tiempo para hacerme a la idea, para aceptarla. Fue todo muy repentino, sólo una casete de Martine diciendo: «Quiero a mi hija», y luego, en un abrir y cerrar de ojos, me envía un billete de avión con una fecha. Ni siquiera estoy segura de que esté haciendo las cosas como es debido. Todo lo que me dice es que lo ha arreglado con una mujer que trabaja en el avión.

—¿Y yo no me hubiera enterado?

—Te hubiera puesto a dormir, metido en una maleta, y te hubiera enviado con tu madre. Un día te hubieras despertado y creerías que tu vida conmigo había sido un sueño. —Forzó una carcajada, pero no pasó de la garganta—. Este era mi plan, ya ves. Me parecía un buen plan. Iba a decirte que en una semana irías a ver a tu madre, para que pensaras que sólo ibas de visita. Estaba segura, y por eso seguí el consejo de monsieur Augustin de que, en cuanto llegaras a Nueva York, te gustaría tanto que suplicarías a tu madre que te dejara quedarte. Ya has oído lo que ha dicho todo el mundo. No tenemos derecho a estar tristes.

Me hundí más y más en la cama y mi cuerpo se extravió en la oscuridad, en los pliegues de la sábana.

La cama emitió un sonoro crujido cuando Tante Atie se sentó en el borde.

—No le digas a nadie que lloré cuando vi que Donald y su mujer se preparaban para meterse en la cama —dijo sollozando.

Busqué a tientas mi ropa en la oscuridad y encontré la tarjeta de felicitación que le había hecho. La coloqué bajo su almohadón mientras escuchaba sus últimas palabras susurradas en sueños.